



HISTORIAS NACIONALES E HISTORIA INTERNACIONAL DEL LIBRO Y LA EDICIÓN

JEAN-YVES MOLLIER

CENTRE D'HISTOIRE CULTURELLE DES SOCIÉTÉS CONTEMPORAINES
UNIVERSITÉ DE VERSAILLES SAINT-QUENTIN-EN-YVELINES

La publicación de la *Histoire de l'édition française*, aparecida en cuatro volúmenes entre 1983 y 1986 (Martin, Chartier y Vivet 1983-1986), parece haber funcionado como un disparador para los investigadores de todo el mundo que, después de este libro, comenzaron a escribir historias nacionales del libro y la edición. Ya han sido concluidas la de Estados Unidos (en cinco tomos) (Hall 1997-2011), Australia (Lyons y Arnold 2001-2005) y Canadá (Back y otros 2004-2007) (ambas en tres volúmenes); el Reino Unido marca una diferencia al ofrecer, por un lado, una *History of the Book in Britain* (McKenzie y otros 1999-2013), de 7 volúmenes, y por otro una *History of the Book in Scotland* (Bill y Bevan 2007-2011), de 4 tomos. También, para abundar aún más, tiene una *History of the Book in Wales* (Jones y Rees 2007), en 1 volumen, y una *History of the Book in Ireland* (Welch y Walker 2007-2011) en 5 tomos, lo que suma un total de 17 extensas ediciones in-cuarto para las islas británicas. Esto revela claramente hasta qué punto la delimitación de los espacios llamados «nacionales» plantea múltiples problemas, que no pueden tratarse livianamente dado que el libro, el periódico y, en general, los impresos no han respetado mucho las fronteras y han ido más allá de sus marcos espaciales. Si nos limitamos al mercado del libro considerado «francés», éste abarca en principio a Francia, Bélgica, Suiza romanche, Quebec, parte del Maghreb y África subsahariana, sin mencionar a Sudamérica que, hasta la Primera Guerra Mundial por lo menos, absorbió una buena porción de las producciones parisinas (Mollier 2001). Por otra parte, la existencia en la Ciudad Luz –tal como suele autodenominarse orgullosamente desde fines de los años 1820– de una librería «Española» y una librería «Portuguesa» muy activas, junto a una librería «Inglesa» no menor, como también de otros centros de producción de libros en idiomas extranjeros (Cooper-Richet 1999), abre la cuestión de las transferencias culturales y del estallido de los marcos espacio-temporales que permiten pensar a la historia del libro en su complejidad y singularidad.



Si a esto sumamos la historia de la Biblia, cuyos centros fueron tanto Roma, para el mundo católico, como Londres, o incluso Ginebra, para las Iglesias protestantes, anglicanas y calvinistas; la del Corán, cuya producción dominan en la actualidad los países del Golfo Pérsico (Mermier 2012); la del libro escolar, que tuvo durante años a París y a Londres como epicentros; la del libro político, del que Washington, Moscú y Beijing, alternativamente, aspiraron a convertirse en la Meca (Hauser y otros 2011), es posible advertir hasta qué punto la historia del libro y la de la edición abarcan geografías sin ningún vínculo evidente con las historias de los Estados-Nación surgidos en los siglos XIX y XX. Plantear la cuestión de la escritura de las historias nacionales de los impresos implica entonces preguntarse acerca del rol del nacionalismo en las relaciones intelectuales, y también si no sería preferible una historia internacional, aunque seguramente resulte difícil escribirla. En efecto, si tomamos el caso de España y sus ex colonias, se observa la publicación, en 2003, de una *Historia de la Edición y de la Lectura en España. 1472-1914*, (Infantes, Lopez y Botrel 2003) mientras que en México apareció sólo, ese mismo año, un volumen dedicado a la Ciudad de México y al período de mediados del siglo XIX, a cargo del Instituto Mora (Suarez de la Torre 2003). En Argentina, Bolivia, Chile, Cuba o Perú se está lejos de encarar, en los próximos años, la escritura de este tipo de síntesis. Las distintas temporalidades de los Estados sud o latinoamericanos dan cuenta no tanto de divergencias en los programas de los equipos de investigación antes mencionados, como de apropiaciones diferidas de los grandes debates que movilizan a la comunidad científica internacional. Mientras que aquí, en el Cono Sur, la historia política fue predominante en la historiografía durante mucho tiempo, debido a la existencia de dictaduras sanguinarias, la historia cultural parece haberse concentrado en los intelectuales y sus intervenciones públicas, antes de orientarse hacia otros aspectos como el libro, que fue considerado durante años como secundario o más propio de los estudios literarios o filológicos.

En otros continentes, por ejemplo África, la cuestión colonial, del imperialismo y del neocolonialismo llevaron a los investigadores a trabajar sobre esos temas candentes, de modo que quedó en manos de unos pocos historiadores formados en Europa la tarea de estudiar la implicación de los impresos en la penetración de las religiones occidentales que combatieron los sistemas de representación del mundo anteriores a la formación de los imperios. En Asia la situación varía aun más, ya que los historiadores chinos han



buscado durante décadas convencer a los Occidentales de que Gutenberg no había sido más que un burdo plagiario de las tecnologías de su país (Xiumin 1958; Drège 2005). Por su parte, japoneses y coreanos se dedicaron a rastrear las huellas arqueológicas de una eventual anterioridad en la impresión con caracteres metálicos, respecto del Imperio del Medio. Estos contrastes de estilo y problemáticas divergentes recuerdan a cualquier observador externo que la historia no es una disciplina neutra y que, como también sucede con la sociología o la etnología, no evoluciona al margen de los grandes debates ideológicos de cada época. Además, su voluntad bien concreta de acercarse lo más posible a la verdad no alcanza para resguardarla de las tentaciones de servir a tal o cual causa, consciente o inconsciente. Por eso, en estos momentos en que India, Sudáfrica y varios Estados sudamericanos, entre ellos Argentina, han comenzado a escribir una historia del libro y la edición dentro de sus fronteras territoriales, resulta fundamental preguntarse por la validez de un abordaje estrictamente nacional de los impresos, un objeto que sigue teniendo algo de misterioso y del que durante mucho tiempo buscaron apropiarse los poderes civiles y religiosos, y luego las elites, antes de que migrara hacia sectores más amplios de la población.

Sobre los orígenes de la *Histoire de l'édition française*

Si se lee con atención la hoja de guarda de los volúmenes de la *Histoire de l'édition française*, la primera, en orden de aparición, de este tipo de grandes cuadros nacionales, puede llamar la atención el nombre de Jean-Pierre Vivet, un periodista y editor parisino, que figura al lado de Henri-Jean Martin y Roger Chartier. La mayoría de los autores citan incluso de un modo trunco esa primera edición de 1983, omitiendo el primer nombre, que les resulta desconocido. Por haber oído en varias oportunidades a Henri-Jean Martin evocar los orígenes de su extenso trabajo, me es posible recordar la filiación de esta *Histoire de l'édition française* que fue fundacional y llegó a imponerse como un modelo en la comunidad internacional de investigadores. Si Jean-Pierre Vivet quiso sumar su firma en la tapa de los cuatro volúmenes, y si ni Roger Chartier, ni tampoco Henri-Jean Martin, lo consideraron una desmesura, fue porque efectivamente él había estado en el origen de este campo historiográfico que incluyó a unos cincuenta investigadores durante casi una década. Jean-Pierre Vivet, periodista, como dijimos, fue fundador de *Livres Hebdo*, la publicación profesional que sucedió a la *Bibliographie de*



la France en 1979. Era descendiente de los hermanos Garnier de Paris, y aspiraba a reavivar la saga de sus antepasados y contribuir con una de las *Success Stories* que comenzaban por entonces a ofrecer un contrapeso a las historias de las clases obreras, rehabilitando las grandes figuras de empresarios, a quienes tantas veces la historiografía marxista había denostado. Sin embargo, dado su perfil intelectual, tampoco procuraba realizar una mera hagiografía ni una leyenda dorada sobre su profesión. Fue por ese motivo que buscó incorporar a dos historiadores respetados: Henri-Jean Martin, a quien conocía desde hacía mucho y era entonces profesor en la *École des Chartes* y Director de investigación en la *École Pratique des Hautes Études*, y Roger Chartier, joven Jefe de Trabajos Prácticos en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*, aunque desconocido públicamente puesto que aún no tenía ningún libro publicado.

Henri-Jean Martin dudó mucho antes de aceptar la propuesta del editor, y puso ante todo a investigar a un gran número de alumnos suyos, con título de Conservadores, de la *École des Chartes*, que escribieron tesis que sirvieron de base para la futura construcción de aquel libro monumental. Poco después, convenció a Roger Chartier para que lo acompañara en esta aventura, y fue admirablemente asistido por este investigador que también incorporó a muchos colegas y estudiantes avanzados. Ellos formaron, a su vez, el núcleo que tuvo a su cargo la escritura de semejante cuadro histórico. Una dificultad importante estuvo dada por la carencia de producciones científicas sobre los siglos XIX y XX. Este gran vacío documental llevó a que estos dos verdaderos jefes de orquesta decidieran hacer un corte en 1950. En 1990-1991, al emprender la reedición de la serie, me encargaron un extenso postfacio para el tomo 3 – dedicado al siglo XIX– (Mollier 1991), con el fin de dar a conocer a los lectores los múltiples estudios dedicados a ese período que habían aparecido después de la primera edición del tomo *Le temps des éditeurs. Du romantisme à la Belle Époque*, en 1984. Al estar basados en relevamientos bastante sistemáticos de archivos y bibliotecas, y tener un fuerte sustento en tesis de doctorado en diversas disciplinas como la historia, la literatura o la sociología, los tomos 1 y 2 de la *Histoire de l'édition française* siguen siendo un ejemplo del avance que significó la escuela francesa en materia de historia del libro impreso del siglo XV al XVIII. Además, vino a confirmar a posteriori los enfoques de Lucien Febvre quien, ya a mediados de los años 1930, cuando trabajaba sobre el volumen de la *Encyclopédie française* que llevaba el título de *La civilisation écrite, le*



livre, les journaux, les bibliothèques (Mollier 2002), se planteó sacar la historia del libro del ámbito de los eruditos, coleccionistas, bibliotecarios y especialistas de escritores consagrados, para incluirla con toda legitimidad en el taller del historiador.

Hubo que esperar hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, y la reactivación del programa de la revista *Les Annales*, para que ese mensaje pudiera ser oído (Martin 1987), y que un joven egresado de la *École des Chartes*, Henri-Jean Martin, aceptara con entusiasmo el plan trazado por ese profesor del Collège de France. El programa se puede resumir en dos expresiones, que corresponden a los títulos de los capítulos IV y VIII de *L'apparition du livre*: «El libro, aquella mercadería» y «El libro, aquel fermento» (Febvre y Martin 1958). Todo quedaba dicho, o casi, en las brillantes improvisaciones de aquel maestro de la disciplina: el abordaje del libro debía comenzar por una descripción profunda de la civilización material, meterse en las imprentas, oler la tinta y el plomo, respirar el olor a papel y a cola, para luego detenerse en el plano de las ideas y estudiar la difusión de la Biblia en tiempos de la Reforma, de Lutero y de Calvino, del Concilio de Trento y la Contra-Reforma católica después. Al estudiar con atención este libro publicado, vale recordarlo, en 1958, se advierte que excluye categóricamente un enfoque nacional sobre el libro y que, por el contrario, exige al lector un esfuerzo de síntesis destinado a comprender por qué la industria italiana de molinos de papel de los siglos XIV-XV fue una consecuencia de la importación, a través de las caravanas de vendedores árabes que lo traían de Asia, de un producto de origen vegetal elaborado en esa región del mundo, y capaz de reemplazar el pergamino que en Europa estaba diezmando a los rebaños de vacas. Los mapas sobre la difusión de las imprentas de 1471 a 1500 confirman esta perspectiva internacional, deliberadamente adoptada por Henri-Jean Martin y Lucien Febvre, que se proponían delinear los contornos de esta reciente «geografía de la edición», implantada sobre una amplia extensión territorial durante la segunda mitad del siglo XV. Este movimiento se fue desplegando desde el sur de la actual Alemania hasta Italia y Austria, siguió por Francia, luego por Inglaterra, España, Portugal, Checoslovaquia y Hungría, hasta llegar finalmente a Rusia y Suecia (Febvre y Martin 1958).

Siguiendo el camino trazado por Henri-Jean Martin y Lucien Febvre, en los años 1960 y 1970 muchos historiadores del libro adoptaron ese mismo enfoque sin prestar atención a los reparos de quienes temían que una perspectiva tan amplia pudiera llevar a



conclusiones erróneas. Cuando todavía no era de rigor la *microstoria* italiana, ni el marxismo había sufrido los cuestionamientos de los partidarios del *Linguistic Turn*, Elisabeth L. Eisenstein no dudó en emprender una extensa investigación que culminó, en 1983, en la publicación de su importante tesis, *La révolution de l'imprimé à l'aube de l'Europe moderne* (Eisenstein 1983). En el mismo sentido, Jean-François Gilmont, especialista bruselense de la Biblia, eligió el título de *La Réforme et le livre. L'Europe de l'imprimé (1517-v. 1570)* para el volumen colectivo que dirigió en 1990 (Gilmont 1990). Este libro echó luz sobre la difusión, a escala continental, de las Biblias en lenguas vernáculas destinadas a los fieles, a quienes los seguidores de Lutero y Calvino querían poner en contacto directo con el texto sagrado, hasta entonces reservado a la interpretación –la glosa– de los sacerdotes. Los especialistas del Iluminismo, de Voltaire y Rousseau y, por ende, de *L'Encyclopédie*, adoptaron a su vez esta perspectiva, con Robert Darnton que se hizo conocer públicamente cuando presentó en el programa televisivo francés «Apostrophes» de Bernard Pivot, en *Prime Time*, su magistral ensayo *L'aventure de l'Encyclopédie. Un best-seller au siècle des Lumières* (Darnton 1979). Al optar por centrarse en el *business*, tal como aparece en el título en inglés, que hizo que esa enorme colección alcanzara picos altísimos de ventas –24 000 series comercializadas antes de 1800– este historiador norteamericano que se había iniciado en el periodismo antes de dedicarse a la historia académica se negaba a circunscribir su trabajo a un solo país o editor, aun cuando estuviera frente al caso de un verdadero artesano de aquella epopeya. Más adelante, continuó en esta línea principal publicando otros estudios dedicados al Iluminismo y a la Bohemia.

Un poco antes, en 1975, la historiadora Suzanne Tucoo-Chala había defendido una tesis de doctorado en Letras sobre un tema muy cercano, aunque siguiendo un enfoque muy distinto; ya desde el título del libro, que salió en 1977, se advierte la diferencia de punto de vista, al estar dedicado a *Charles-Joseph Panckoucke et la Librairie française. 1736-1798* (Tucoo-Chala 1977). La tesis de Suzanne Tucoo-Chala resulta notable por su erudición y su intento de dar cuenta de las mutaciones de este sector de la economía a raíz de la difusión de las colecciones de *L'Encyclopédie*. Está inscrita en un movimiento que apuntó a restringir el campo de la investigación científica a un ámbito determinado, para evitar las dispersiones o generalizaciones excesivas, cuestionando así las grandes síntesis históricas tan caras a los historiadores de la generación anterior



como Fernand Braudel y Robert Mandrou, que habían sido los sucesores de Marc Bloch y Lucien Febvre. El artículo de Michel de Certeau «La beauté du mort. Le concept de ‘culture populaire’», publicado en 1970, atacaba precisamente los grandes cuadros históricos. Michel de Certeau, Dominique Julia y Jacques Revel se apartaban de sus antecesores ingresando ruidosamente a la carrera académica (de Certeau, Julia y Revel 1970) y reorientando así las investigaciones hacia objetos más circunscriptos: los oficios, las colegiaciones bajo el Antiguo Régimen, o también los dialectos anteriores a la Revolución Francesa. En lo que se refiere a nuestra línea de investigación, Roger Chartier, cercano a estos tres mosqueteros, se dedicó, por su parte, a las prácticas culturales, las lecturas y los lectores, compartiendo este movimiento de recentramiento de la disciplina histórica hacia un horizonte más acotado geográficamente, aunque capaz de ser más exhaustivo en la comprensión de los fenómenos observados.

Las historias nacionales del libro

Una de las consecuencias más evidentes que tuvo la publicación de la *Histoire de l'édition française* fue su efecto de arrastre dentro de la comunidad de investigadores vinculados a Henri-Jean Martin y a Roger Chartier. La traducción al español, italiano, inglés y alemán de *L'apparition du livre* en los años 1960 había convertido al primero en el portavoz, o en uno de los exponentes más famosos de esta disciplina. Considerado como el alumno de Lucien Febvre y, en tanto tal, como el representante de la Escuela de los *Annales*, Henri-Jean Martin estableció contactos fructíferos con historiadores norteamericanos, australianos, británicos, canadienses, y fue invitado a distintas partes del mundo a presentar su libro y las problemáticas nuevas que planteaba. Este capital simbólico acumulado explica la inmediata repercusión de su cuadro monumental en 4 tomos, de 1983 a 1986, que llegó a ser traducido a muchas lenguas, entre ellas el coreano, lo que resulta un indicador evidente de la internacionalización de las preocupaciones intelectuales, por no hablar de la globalización de las líneas de investigación. Los primeros en tomar la posta fueron los británicos, y fue en la Universidad de Oxford, con Donald F. McKenzie, entonces profesor de Bibliografía Material, donde se concretó la reunión de un equipo preparado para elaborar, en el Reino Unido, el equivalente de lo que los franceses habían logrado realizar en un tiempo record. Sin embargo, si bien Don McKenzie consiguió enseguida, gracias a su



carisma, el acuerdo de los directivos de la British Library y la aceptación de Ian Willison, particularmente, de sumarse a la investigación, fueron necesarias largas discusiones para evitar que se cayera en cualquier forma de neocolonialismo. Eso llevó a este pequeño equipo de Oxford a aceptar que sus colegas escoceses se organizaran en un núcleo con sede en Edimburgo, y que galeses e irlandeses armaran, por su lado, sus propios equipos. Fue así como el primer volumen de la *Cambridge History of the Book in Britain* apareció recién en 1999, y el séptimo y último volumen (1914-2000) seguía, hasta 2012, sin ser publicado, mientras que los colegas o rivales de Escocia e Irlanda ya habían concluido su tarea.

En el caos de Estados Unidos, fue en la Universidad de Harvard, de la que egresó Robert Darnton, y no en Princeton –en la que enseñó Historia del Libro–, donde surgió la iniciativa de entablar lo que culminó tiempo después en *A History of the Book in America*, dirigida por David Hall, gran admirador de los trabajos de Donald F. McKenzie y especialista del libro impreso religioso en las colonias reunidas para conformar los Estados-Unidos de América a fines del siglo XVIII. Aunque en un comienzo iba a ser editada por Cambridge University Press, la serie de cinco volúmenes terminó en la editorial de la Universidad de Carolina del Norte que acaba de publicarla. Los británicos habían decidido dar inicio a su historia nacional con la conquista romana, e incluir entonces, en base a ese criterio, el manuscrito latino pero también en gaélico, a diferencia de los franceses que habían arrancado su estudio con la aparición del libro, es decir diez siglos más adelante. Los historiadores norteamericanos, conscientes de pertenecer, en sus orígenes, a un espacio colonial, titularon significativamente su primer volumen *The Colonial Book in the Atlantic World*. En cierto modo, se negaban a restringirse a una visión exclusivamente nacional para estudiar las consecuencias de la alfabetización y la conformación temprana de una cultura de masas en los Estados más desarrollados, en especial en la costa Este, ya hacia 1860-1880. De manera muy significativa, el tomo 3 de la serie lleva el título de *The Industrial Book, 1840-1880*, y el último volumen concluye a fines del siglo XX, con la llegada de los e-books y otros archivos electrónicos que están revolucionando el mercado. Si se comparan brevemente estos tres cuadros históricos con el del libro escocés, cuyo tercer tomo se titula *Ambition and Industry. 1800-1880*, resulta imposible no observar la incidencia de las



consideraciones nacionales, incluso nacionalistas, sobre la concepción y elaboración de los programas de investigación.

En Canadá, un país equívocamente bilingüe, pero que afirma continuamente ese bilingüismo en sus textos oficiales, un proyecto de este tipo no podía contar con el apoyo de las autoridades académicas sin declarar la estricta igualdad entre sus dos idiomas. De este modo, la publicación estuvo a cargo de la Universidad de Montreal para la versión francesa, naturalmente, y de la Universidad de Toronto para la edición en inglés. Se creó un equipo pluridisciplinario coordinado por Yvan Lamonde, profesor de Historia en la Universidad McGill de Montreal, Jacques Michon, profesor de Literatura Francesa de la Universidad de Sherbrooke, Carole Gerson, profesora de literatura inglesa en la Simon Fraser University de Colombie Britannique, Patricia Fleming, profesora de Ciencias de la Información de la Universidad de Toronto, Gilles Gallichan, conservador de la Biblioteca del Parlamento de Ottawa y Fiona Black, profesora de Management en la Université de Dalhousie. La diversidad de universidades representadas, como también de los universos intelectuales de los directores de los tres tomos, es reveladora de los efectos no deseados que puede acarrear una situación nacional tensa o, cuanto menos, una preocupación por mantener las apariencias y también por cuidar el uso transparente de los fondos públicos. Si bien, en cierto modo, esta serie se vio enriquecida por la diversidad de puntos de vista adoptados, no es del todo improbable que la obligación de ajustarse a un pliego de condiciones exigente haya tenido consecuencias no esperadas sobre el contenido. En Australia, donde fueron necesarios tres volúmenes, como en Canadá, para dar cuenta de un proceso iniciado con la llegada de los primeros grupos de *convicts* en el siglo XVIII, un solo historiador, Martyn Lyons, tuvo a su cargo esta labor, por la falta de entusiasmo de sus colegas, que siguen dejando en manos de críticos literarios y bibliotecarios la tarea de escribir la historia del libro.

España tiene una particularidad llamativa, pues el equipo de investigación local le pidió a un francés, Jean-François Botrel, considerado como el iniciador de esta línea de investigación en la península ibérica, que formara parte del proyecto para aportar su experiencia en el tema. Con gran influencia de Francia, a través de numerosos vendedores ambulantes que se convirtieron en libreros y luego en editores, en el siglo XIX España tradujo sistemáticamente a los autores de folletines, antes de dar



nacimiento, con Pérez Galdós, a su propia literatura de amplio consumo (Botrel 2001). En igual sentido, en Italia, que no tiene proyectada aún ninguna verdadera síntesis pero que cuenta con muchísimos estudios desde hace una década, los equipos se organizaron en estrecha colaboración con investigadores franceses. Se ha creado sin embargo una cátedra de Historia del Libro y la Edición en la Universidad de Milan, que está a cargo de una especialista de los Almanques, Lodovica Braidà. En los países del Este europeo, en Hungría y Rusia especialmente, los grupos de investigadores están nucleados alrededor de las bibliotecas nacionales, intentando promover este tipo de investigación que se extiende fuera del continente en el que nació puesto que, en la actualidad, India y Sudáfrica organizan encuentros y conferencias sobre estos temas. En India, un país en el que existen 22 lenguas nacionales, además del inglés, el sánscrito, el persa y el urdú, y cuyos registros de la propiedad intelectual cuentan con libros impresos en 34 lenguas distintas, no ha llegado aún el momento de reunir trabajos dispersos sino de incentivar la investigación en todas las direcciones, para poder tener, en un futuro, un panorama más claro (Gupta 2012).

Ante los riesgos de que las investigaciones se encierren en perspectivas estrictamente nacionales, cediendo a un reflejo nacionalista inconsciente de querer destacarse frente a los países vecinos, dos coloquios internacionales fueron organizados sucesivamente en mayo de 2000, en la Universidad de Sherbrooke, Quebec, y en julio de 2005 en la Universidad de Sydney, Australia. Durante el primer encuentro verdaderamente planetario, dado que estaban representados los cinco continentes, fueron sometidos a un extenso análisis tres modelos europeos centrífugos: el británico, el alemán y el francés. Esto evitó un repliegue dentro de las fronteras administrativas, jurídicas o estatales, que amenazaba con alterar la perspectiva (Michon y Mollier 2001). Cinco años después, la discusión principal se centró en la escritura de las historias nacionales del libro y en la necesidad de dar paso a otra dimensión, internacional, multiplicando las historias transversales de la novela, el libro religioso, del manual escolar o de la ilustración de los libros (Lyons, Mollier y Vallotton 2013), aunque sin desatender los aportes de otras investigaciones regionales o locales. Unas semanas después, un coloquio organizado en la Biblioteca Nacional de Beijing¹ permitió confrontar puntos de vista, dada la visión de

¹ «Chine-Europe: Histoires de livres», in *Histoire et Civilisation du livre. Revue internationale*, T. III/2007, p. 13-194.



algunos historiadores chinos del libro que seguían considerando a Gutenberg como un falsificador, mientras que sus colegas franceses buscaban por todos los medios destacar la inexistencia total de huellas, y por lo tanto, de pruebas en torno a esa transferencia de tecnología, completamente improbable y a todas luces imaginada, en un contexto en el que el nacionalismo exacerbado de la época colonial tuvo un rol decisivo (Drège 2005). Como se ve en ese caso también, la escritura de historias de contornos nacionales sigue planteando múltiples problemas, y dio lugar a un tercer encuentro de investigadores, en ocasión del XXI Congreso Internacional de Ciencias Históricas de Amsterdam, en agosto de 2010. Un número reciente de la revista *Histoire et civilisation du livre* ha recogido estas discusiones y las ha ampliado invitando a investigadores indios y africanos a participar de los debates que en la actualidad se han extendido al conjunto del planeta. En este sentido, el mundo árabe-musulmán también ha ingresado, desde el coloquio de Sherbrooke en 2000, en el campo de estudio de los investigadores (Mermier 2012).

El libro religioso o mesiánico, un objeto verdaderamente transnacional

El estudio la propaganda impresa religiosa de los siglos pasados, o la del presente, proporciona acaso una mayor consciencia acerca del carácter transnacional de este tipo de libros o folletos. Teniendo en cuenta que la religión judía no se propuso casi desarrollar una tarea misionera, históricamente la religión católica fue la primera en tener una vocación universal, y aprovechó la apertura de nuevos espacios, en Norte y Sudamérica, para evangelizar a los pobladores originarios. Las primeras Biblias traducidas al iroquí circularon muy tempranamente en el Canadá francés, impresas sobre cueros de animales locales; en México o en Perú, franciscanos y dominicanos trataron por todos los medios de hacer retroceder a las religiones indígenas y convertir de cualquier modo a las comunidades. En Paraguay, fueron sobre todo los jesuitas quienes estuvieron a cargo de las misiones, aunque desde el punto de vista de los impresos religiosos eso da lo mismo, puesto que los misales y otros catecismos, nacidos por lo general en las prensas europeas, eran importados por decenas o cientos de miles de ejemplares durante siglos, hasta que la imprenta local, sobre todo en el siglo XIX, tomó la posta de esa difusión masiva de publicaciones que, por su esencia, buscaban ser transnacionales, al querer trascender las diferencias individuales. En tierras protestantes,



los pastores hicieron otro tanto y, en Estados Unidos como en el Canadá británico, anglicanos, presbíteros, evangelistas, bautistas y, más adelante, los mormones, se disputaron las almas de los inmigrantes, lo que favoreció la multiplicación de prensas religiosas cuyo auge fue importante en el siglo XIX. A su vez, el éxito mundial de *La cabaña del Tío Tom*, en 1852-1853, dio a conocer la obra de una abolicionista talentosa que dedicó su vida a la liberación de los esclavos (Parfait 2007). Si bien no se trata *stricto sensu* de un libro propagandístico, éste contribuyó en gran medida a que en varios lugares se adoptaran legislaciones que prohibían la trata de negros, o de asiáticos y árabes (Pétre-Grenouilleau).

En África, la rivalidad colonial en tiempos del *Struggle for Life* dio lugar a una intensa propaganda religiosa que vio enfrentarse a las imprentas de las Misiones evangélicas londinenses, por un lado, y de la Obra de los Padres Blancos de África, por otro. Las primeras se extendieron por el imperio británico desde El Cairo hasta el Cabo, de Freetown a Zanzíbar; las segundas se establecieron por muchos años en el Maghreb y en África subsahariana, amparándose en la protección que ofrecía la República Francesa a las congregaciones, cuya implantación les era negada en la metrópolis, pero fomentada en el imperio. Esta contradicción se repetía en Asia, especialmente en Vietnam y Camboya. En China, una vez iniciado el despellejamiento de ese extenso país, con el fin de la guerra de los boers, las misiones norteamericanas se hicieron más activas que sus homólogas británicas, que sin embargo estaban instaladas en Hong Kong. En Shanghai y en el resto del país, los pastores evangelistas sembraron, a comienzos del siglo XX, gérmenes que les permiten tener, cien años después, una fuerte presencia en la lucha por la supremacía ideológica del mundo que se ha ido consolidando con la globalización acelerada de los modos de producción y consumo. Para el investigador que estudia estos impresos particulares que representan los fragmentos de la Biblia o los catecismos puestos a disposición de las poblaciones africanas o asiáticas, las vidas de santos o los relatos hagiográficos, resulta absolutamente claro que dichos textos fueron objeto de una atenta reflexión por parte de sus redactores. Estos impresos religiosos, que eran o bien importados masivamente, o bien producidos en el lugar, en especial por los Padres Blancos, que tradujeron sistemáticamente su propaganda evangelizadora a las lenguas locales como el árabe, el cabilio o bereber, el bambara, el kiswahili, el mossi, el ruganda



o el shisumbwa (Page 2007), intentaban traspasar el marco nacional de donde provenían sus promotores y extender una «palabra» que aspiraba a ser universal y sin fronteras.

En el siglo XX, el trabajo de los misioneros de todos los credos se vio beneficiado por el auge de las nuevas tecnologías; fue gracias a la televisión y luego al cable y al satélite, a las antenas parabólicas y, ahora, a internet, que los predicadores evangelistas, musulmanes o budistas –pensemos en el Dalai Lama– se han extendido por todo el planeta. Sin embargo, no puede subestimarse el peso del libro religioso pues, por ejemplo, en el mundo árabe-musulmán se incentiva mucho la posesión de un Corán, y los países del Golfo Pérsico se han especializado en publicaciones en las que se valora mucho el arte de la caligrafía, del papel y el encuadernado. Más allá de la fabricación y difusión de estos libros valiosos, cuyo equivalente, en tierras católicas, son las Biblias en papel de arroz o los Misales lujosamente decorados, el Islam ha desplegado una producción masiva de impresos pequeños que no se consiguen tanto en los comercios tradicionalmente dedicados a la venta de libros sino en librerías de calle o en veredas, a la salida de las mezquitas, en mercados y ferias, ofreciendo a las poblaciones con menos recursos un comentario del Corán o la reproducción de una prédica enardecida instando a la guerra santa contra Occidente. Están los folletos islámicos, en el caso de los más neutros, o los islamistas, entre los más militantes, que se parecen, desde el punto de vista material, a la *literatura de cordel* y a los *folletos* conocidos en Sudamérica, y son fabricados a gran escala desde hace dos décadas. Resulta obvio que, también en este caso, las fronteras de los Estados no inciden para nada en su elaboración, pues las oficinas en las que se los produce se ubican deliberadamente en una perspectiva transnacional.

Sin embargo, el estudio sistemático de más de 200 ediciones de *Pilgrim Progress* de John Bunyan, tal como fue emprendido por Isabel Hoffmeyr, profesora de Literatura Africana de la Universidad de Witswatersrand en Johannesburgo (Hoffmeyr 2004), permitió mostrar que nunca se ofreció un idéntico *Viaje del Pelegrino* a los pueblos a los que estaba dirigido, sino que se trató de textos adaptados a su horizonte de expectativas y a sus creencias más íntimas. Al ser considerada la muerte de Cristo en la cruz, entre algunas etnias, como un signo de debilidad o de derrota, ésta era omitida en tal o cual edición africana de *Pilgrim Progress*, lo que revela la voluntad de los misioneros anglicanos de presentar un relato conforme a las expectativas de los lectores



sin renunciar a su vocación universal y transnacional. Ante este tipo de textos difundidos a escala continental o planetaria, el observador no puede restringirse a un enfoque nacional más tradicional en historia del libro, sino que debe considerar en su investigación la ambición hegemónica de quienes realizaron esas ediciones. Así, se puede pasar sin mayores variaciones del impreso propagandístico de carácter religioso al folleto político, como el caso del *Pequeño Libro Rojo* del Presidente Mao, que todos recordarán, difundido por millones de ejemplares en la mayoría de las lenguas. Antes de que tomaran la posta la Ediciones del Pueblo de Beijing, las Ediciones del Progreso de Moscú habían desplegado, en nombre de la Tercera Internacional, un esfuerzo de conquista ideológica de las almas que guarda muchas similitudes con las editoriales religiosas. Aunque no pueda confundirse religión y política, el acercamiento a través de los textos, y la implementación de un sofisticado aparato propagandístico —el *agit-prop* en la joven Unión Soviética surgida de la Revolución de Octubre— permite reconocer la cercanía de los medios desarrollados en uno y otro caso, teniendo en cuenta que la Internacional Comunista contaba con atributos que antes del siglo XX ya habían sido utilizados por la congregación católica para la propagación de la fe (*De propaganda fide*).

No me extenderé más sobre este aspecto del estudio del libro y los folletos, pero cabe destacar que éste permite advertir con claridad el común esfuerzo por la educación de las poblaciones y la preocupación por orientarlas hacia una visión compartida del mundo o del universo. Si bien la creencia o la adhesión voluntaria no son de la misma índole, en sus efectos, ambas implican la producción de un aparato propagandístico bastante similar. Así, la Internacional Comunista de 1919-1943 no podía desconocer que, antes que ella, las Obras misioneras católicas habían intentado difundir por todo el universo su mensaje religioso. El carácter mesiánico del socialismo y el comunismo ha sido observado por muchos analistas, e incluso el fracaso de la URSS se ha explicado a menudo, entre muchas causas, por la pérdida de un carisma que durante décadas había sido el punto fuerte del modelo soviético. Si la imagen negativa de los gulag llegó a sustituir a la anterior imagen positiva en torno a una sociedad nueva en la cual el proletario dejaba de ser un marginado para convertirse en un hombre libre, constructor del porvenir, acaso puede ser porque ese país y su sistema olvidaron, después de 1957 y con el formidable éxito del lanzamiento de los primeros Sputnik en el espacio, que la



conquista espacial y la construcción de artillería balística nuclear dejaban de ofrecer a las masas posibilidades de soñar y de identificarse con aquellos que las invitaban a seguir sus pasos. La fuerza de Fidel Castro y del Che radicó precisamente en que ofrecían un modelo alternativo a los pobres y humillados del continente latinoamericano, y la imagen del segundo, convertido tras su muerte en ícono de la revolución, incidió en gran medida en la popularización de su mensaje.

En Sudamérica, adonde la batalla ideológica fue cruenta después de 1945, y más aún a partir de 1959, varios libros responden a la voluntad apologética o propagandística de sus redactores y difusores. La apertura de los archivos de las grandes fundaciones norteamericanas, Carnegie, Franklin o Rockefeller (Tournès 2010 y 2011), permite ahora tener una clara visión de sus intenciones, en las que la filantropía estaba estrechamente vinculada a la certeza de que la sociedad liberal estadounidense constituía un modelo casi tan insuperable como había sido en otro momento el Estado prusiano, convertido en modélico por el filósofo Hegel. Dotados o armados de esta visión enceguedora, los dirigentes de aquellas grandes instituciones multimillonarias no se conformaron con combatir la malaria, la fiebre amarilla, la tuberculosis, como hoy el sida, y prestaron una especial atención a la traducción de obras que consideraban de gran utilidad para que las poblaciones comprendieran el mundo en el que vivían. Como demostró brillantemente Gustavo Sorá durante el Coloquio sobre la diplomacia a través de los libros (Sorá 2011), el escandaloso juicio iniciado por el gobierno mexicano a Arnaldo Orfila Reynal, el prestigioso director del Fondo de Cultura Económica, ocultaba mal la voluntad norteamericana de apartar de ese sitio a quien había sido el difusor, en castellano, de numerosos pensadores marxistas. Los documentos encontrados por Gustavo Sorá aportan pruebas sobre la intervención de la CIA, que tenía en el presidente mexicano a un fiel agente, en un complot que tuvo como presunto motivo la traducción y publicación de *Los hijos de Sánchez*, que no fue otra cosa que un falaz pretexto. En el caso de otra región del mundo, Oriente Próximo, Franck Mermier también ha mostrado el trabajo de la Fundación Franklin en la traducción al árabe y difusión de los escritos de economistas y pensadores liberales anglosajones (Mermier 2011). Dichos textos estaban destinados a contrarrestar la nefasta y perniciosa influencia de los teóricos vinculados al pensamiento anticonformista.



Hacia una perspectiva transnacional de las áreas nacionales de difusión de los libros

Podrían mencionarse muchos otros sectores en los que no resulta suficiente un abordaje nacional del libro y de los impresos, pero nos hemos limitado a describir dos tipos de textos, los escritos religiosos y políticos, porque ocupan desde hace más de cinco siglos un lugar preponderante en la transmisión de las ideas. Otras investigaciones sistemáticas sobre los manuales escolares también han mostrado la importancia de las traducciones del francés al castellano, especialmente en Argentina donde, hasta los años 1910, muchos libros de lectura corriente utilizados en las escuelas eran copias tomadas de la literatura escolar usada en Francia, con leves variaciones respecto de los originales (Brafman 1996). También en México los libros de lectura y catecismo para niños eran impresos en París, en la llamada «Librería Española» de la capital francesa (de Santiago Gomez 2008). Es larga de lista de países dependientes de producciones de ultramar, a la que pueden sumarse las colonias que aun después de las independencias siguieron siendo tributarias de programas y modelos educativos provenientes de poblaciones ajenas a las de sus países. Más allá del libro religioso, político o escolar, el establecimiento de una casa Larousse sólida y sostenida en Quebec y en Sudamérica es también reveladora de la importancia de las transferencias de tecnología en materia de diccionarios y enciclopedias. Podría mencionarse a su vez el caso de las ficciones, dada la desigualdad en las traducciones que aún persiste. Como se sabe, la traducción al portugués o al español de las grandes novelas inglesas pasó a menudo por el filtro de las traducciones al francés de esos libros. Para no abundar en ejemplos vinculados a cada país y que varían según las épocas estudiadas, basta decir que una investigación que solamente se dedicara a aspectos nacionales de la producción de libros y folletos estaría ocultando gran parte de la realidad del mercado de los impresos y de la edición.

De este modo, sería recomendable que los equipos que emprendieran el estudio de este campo histórico leyeran con atención las historias de la edición francesa, británica, norteamericana, australiana, canadiense, española, etc., en grupos de trabajo dedicados a delimitar claramente el objeto disciplinar que se propongan indagar. Dicho objeto, situado en el cruce de saberes en el que historiadores, críticos literarios, sociólogos, etnólogos, lingüistas, economistas, especialistas en biblioteconomía y en ciencias de la información y la comunicación tienen algo que aportar, no debería ser exclusivo de



algunos sino que debería ser estudiado de un modo transdisciplinario. Por un lado, los historiadores están mejor preparados para examinar detenidamente los archivos de los editores, Estados e instituciones públicas o privadas, religiosas o laicas, y así dar cuenta de las censuras y propagandas de los ministerios, Iglesias y partidos políticos. Los sociólogos de la lectura y de la cultura tienen gran experiencia en el estudio de dichos fenómenos y de las problemáticas asociadas a la alta cultura, a la cultura letrada o de los migrantes; saben cómo estudiar la cultura de masas en tanto fenómeno a considerar en sus múltiples consecuencias, entre ellas su capacidad para interpenetrar en los demás universos (Mollier, Sirinelli y Vallotton 2006). Los etnólogos y antropólogos se han especializado en la *literatura de cordel*, aportando a ese estudio métodos que enriquecieron la historia del libro y los impresos, un verdadero punto de confluencia de investigadores provenientes de los más variados horizontes.

Si se logran detectar los tanteos y errores de los primeros grupos constituidos con el propósito de escribir esas exhaustivas y útiles síntesis a escala de un país, y si se los analiza con lucidez y objetividad, será posible entonces evitar que se reproduzcan los defectos y que se privilegien las líneas que resulten más pertinentes y más portadoras de perspectivas novedosas. Como el trabajo de los investigadores argentinos coincide con las preocupaciones de sus colegas brasileños, colombianos, chilenos, etc., el próximo encuentro convocado por la Society for History of Authorship, Reading and Publishing (SHARP) en Río de Janeiro para noviembre de 2013 será una buena oportunidad para confrontar los problemas, metodologías y primeros avances de las investigaciones desarrolladas en los últimos años, en un campo muy sensible y fundamental, en tanto se trata de comprender mejor y explicar los modos en que poblaciones que durante mucho tiempo permanecieron en estadios de analfabetismo, pasaron masivamente a la lectura en los siglos XIX o XX. Por supuesto, el marco nacional de estos estudios resulta sin lugar a dudas un espacio cómodo y útil para su desarrollo, pero no debe ocultar las porosidades, las circulaciones de un territorio a otro, los múltiples y multiformes intercambios que pudieron haberse producido, las adaptaciones, traducciones, copias o mutilaciones y censuras de los textos. Es en estos aspectos donde una perspectiva transnacional de los fenómenos resulta sin duda el mejor resguardo frente a los riesgos de encierro o de ceguera que amenazan a todo investigador que trabaje con un objeto tan proteico.



Bibliografía

- Back, Fiona y otros (dirs.) (2004-2007). *Histoire du livre et de l'imprimé au Canada*, Presses de l'université Laval/Toronto University Press, 3 vol. en francés y 3 en inglés.
- Bell, Bill y Jenquil Bevan (dirs.) (2007-2011). *A History of the Book in Scotland*, Edinburgh, Edinburgh University Press, 4 vol.
- Botrel, Jean-François (2001). "L'exportation des livres et modèles éditoriaux français en Espagne et en Amérique latine (1814-1914)". Jacques Michon y Jean-Yves Mollier (dirs.), *Les mutations du livre et de l'édition dans le monde du XVIIIe siècle à l'an 2000*, Québec, Presses de l'université Laval/Paris, L'Harmattan, 219-239.
- Brafman, Clara (1996). "Les manuels scolaires de lecture d'origine française en Argentine dans la deuxième moitié du XIXe siècle". *Histoire de l'éducation* n° 69, 63-80.
- Cooper-Richet, Diana (1999). "La librairie étrangère à Paris au XIXe siècle: un milieu perméable aux innovations et aux transferts". *Actes de la Recherche en Sciences sociales*, mar., n°126-127, 60-69.
- Darnton, Robert (1979). *The Business of Enlightenment. A Publishing History of the Encyclopédie. 1775-1800*, Cambridge (Mass.), Belknap Press and Harvard University Press.
- de Certeau, Michel, Dominique Julia y Jacques Revel (1970). "La beauté du mort. Le concept de 'culture populaire'". *Politique aujourd'hui*, dic.
- de Santiago Gomez, Arnulfo Uriel (2008). *Edition et librairie françaises au Mexique au XIXe siècle*, tesis de doctorado en historia, dir. Roger Chartier, EHESS.
- Drège, Jean-Pierre (2005). "L'imprimerie chinoise s'est-elle transmise en Occident?". *Cahier* n° 8, Pékin, École française d'Extrême-Orient, ago.
- Eisenstein, Elisabeth L. (1983). *The Printing Revolution in Early Modern Europe*, Cambridge (Mass.), Cambridge University Press.
- Gilmont, Jean-François (1990). *La Réforme et le livre. L'Europe de l'imprimé (1517-v. 1570)*, Paris, Cerf.
- Gupta, Abhijit (2012). "Book History in India". *Histoire et civilisation du livre. Revue internationale*, T. VIII, 147-159.



- Hall, David (ed.) (1997-2011). *History of the Book in America*, Charlotte, University of North Carolina Press, 5 vol.
- Hauser, Claude y otros (dirs.) (2011). *La diplomatie par le livre. Réseaux et circulation transnationale de l'imprimé de 1880 à nos jours*, Paris, Nouveau Monde éditions.
- Hoffmeyr, Isabel (2004). *The Portable Bunyan: A Transnational History of The Pilgrim Progress*, Princeton, Princeton University Press.
- Infantes, Víctor, Francisco Lopez y Jean-François Botrel (dirs.) (2003). *Historia de la Edición y de la Lectura en España. 1472-1914*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez.
- Jones, Philip Henry y Eiluned Rees (dirs.) (2007). *A Nation and its Books: A History of the Book in Wales*, Aberystwyth, National Library of Wales.
- Lyons, Martin y John Arnold (dirs.) (2001-2005). *A History of the Book in Australia*, University of Queensland Press, 3 vol.
- Lyons, Martin, Jean-Yves Mollier y François Vallotton (dirs.) (2013). *Histoires nationales ou histoire internationale du livre?*, a aparecer en Québec, Editions nota Bene.
- Martin, Henri-Jean (1987). *Le livre français sous l'Ancien Régime*, Paris, Promodis-Editions du Cercle de la Librairie.
- Martin, Henri-Jean y Lucien Febvre (1958). *L'apparition du livre*, Paris, Albin Michel, «Bibliothèque de l'Humanité».
- Martin, Henry-Jean, Roger Chartier y Jean-Pierre Vivet (dirs.) (1983-1986). *Histoire de l'édition française*, Paris, Promodis/Cercle de la Librairie, 4 vol.
- McKenzie, Donald F. y otros (dirs.) (1999-2013). *The Cambridge History of the Book in Britain*, Cambridge, Cambridge University Press, 7 vol.
- Mermier, Franck (2005). *Le livre et la Ville. Beyrouth et l'édition arabe*, Arles, Actes Sud/Sindbad.
- _____ (2011). "Le marché du livre arabe: réseaux de diffusion et rivalités idéologiques (1950-1980)". Claude Hauser y otros (dirs.) *La diplomatie par le livre. Réseaux et circulation transnationale de l'imprimé de 1880 à nos jours*, Paris, Nouveau Monde éditions, 379-391.



- _____ (2012) “Le livre dans l’espace arabe: dimensions transnationales”. *Histoire et civilisation du livre. Revue internationale*, T. VIII, 131-145.
- Mollier, Jean-Yves (1991). “Postface”. *Histoire de l’édition française*, T. 3, rééd. Paris, Fayard/Cercle de la Librairie, 569-593.
- _____ (2001). “La construction du modèle éditorial français et son expansion dans le monde du XVIIIe au XXe siècle”. Jacques Michon y Jean-Yves Mollier (dirs.), *Les mutations du livre et de l’édition dans le monde du XVIIIe siècle à l’an 2000*, Québec, Presses de l’université Laval/Paris, L’Harmattan, 31-45.
- _____ (2002). “La fabrique éditoriale”. *Cahiers Jaurès*, ene., jun., n°163-164, 11-31.
- Mollier, Jean-Yves, Jean-François Sirinelli y François Vallotton (dirs.) (2006). *Culture de masse et culture médiatique en Europe et dans les Amériques. 1860-1940*, Paris, PUF.
- Page, Ivan (2007). *Apprendre la langue pour répandre la Parole. Le travail linguistique des Missionnaires d’Afrique*, Rome, Société des Missions d’Afrique.
- Parfait, Claire (2007). *The Publishing History of Uncle Tom’s Cabin, 1852-2002*, Aldershot, Ashgate.
- Pétre-Grenouilleau, Olivier (2004). *Les traites négrières. Essai d’histoire globale*, Paris, Gallimard.
- Sorá, Gustavo (2011). “Edition et politique. La guerre froide dans la culture latino-américaine des années 1960”. Claude Hauser y otros (dirs.) *La diplomatie par le livre. Réseaux et circulation transnationale de l’imprimé de 1880 à nos jours*, Paris, Nouveau Monde éditions, 89-113.
- Suarez de la Torre, Laura (dir.) (2003). *Construcciones de un cambio cultural: Impresores-Editores y Libreros en la Ciudad de México. 1830-1855*, Mexico, Instituto Mora, 2003.
- Tournès, Ludovic (dir.) (2010). *L’Argent de l’influence. Les fondations américaines et leurs réseaux européens*, Paris, Autrement.
- Tournès, Ludovic (2011). *Sciences de l’homme et politique. Les fondations philanthropiques américaines en France au XXe siècle*, Paris, Classiques Garnier.



- Tucoo-Chala, Suzanne (1977). *Charles-Joseph Panckoucke et la Librairie française*, Pau, Marrimpouey Jeune-Paris, Jean Touzot.
- Welch, Robert y Brian Walker (eds.) (2007-2011). *The Oxford History of the Irish Book*, Oxford, Oxford University Press, 5 vol.
- Xiumin, Zhang (1958). *Zhongguo yinshua de faming jiqi yinxiang*, Pékin, Rennin chubanshe.